

La última soledad

Por Carlos Carrión

Diario *Hoy*, 15 de diciembre de 1999

Pienso que es útil tener presente la última referencia de un cuentista que, un día de esos, ha dado el salto mortal a la novela. Aunque no sea más que como antecedente o como contraste de la obra de hoy. Es el caso de *Fiesta de solitarios* de Raúl Vallejo, un autor nombrado estos días con motivo del premio de sus dos primeras novelas extensas. Vallejo maduró con lentitud y paciencia su trabajo en el cuento hasta que ese trabajo no tuvo otra alternativa o destino que la novela, como decía Hemingway.

Fiesta de solitarios es así su experiencia más decisiva como autor de narraciones cortas; inclusive el último cuento, *Te escribiré de París*, ejecuta sobre sí mismo un vuelo de aprendizaje de novela corta, suponiendo que no lo fuera *Toda temblor, toda ilusión*, su novela breve inédita hasta ahora.

Gombrowice dice: "No creo en ninguna filosofía no-erótica. No me fío de ningún pensamiento desexualizado". Y yo también creo que una lectura crítica de este libro debe partir de la opción temática dominante, que es de filiación erótica, abrumadoramente. No solo de su descripción, sino del alcance de esa temática, que en nuestro medio literario no ha sido llevado a extremos semejantes. Lo cual es lo más denso e intenso del volumen de relatos. Por este motivo, se trata de un discurso narrativo doblemente erotizado, sobreentendida la raíz erótica de todo lenguaje literario, definido como fascinación pura.

Pues casi no hay texto de *Fiesta* que no aborde la homosexualidad; sobre todo como conducta que quiere abandonar la marginalidad o la distancia del otro, teratológicamente considerado, para acercarse al individuo, a sus espacios diarios, a sus hábitos de animal convencional. Acaso como un simple destino de deterioro, como opción de la soledad o la vejez humana. Como un fragmento de Sodoma que buscara diluirse en el territorio del hombre no maldito. Este fenómeno, no se si como consecuencia de la contigüidad metonímica de los textos o como gravitación en los niveles profundos de la implicación dramática de los personajes, pareciera estar vivo y respirando hasta en *Destellos en el mar*, su cuento más bello e inocente.

Por supuesto, también esta la última soledad del hombre y la mujer que viven juntos, en *Diálogo breve del amor menor*. Pero este título alude, por ausencia, a otro tipo de amor (¿tal vez el homosexual?) de mejor calificación. Y todo alude a una belleza, que es la detención de la sensibilidad, como dice F. Savater. No la seducción de la bondad, de la ternura, de la hermosura dulce. Y la autenticidad del discurso, cargado de peso humano cierto.